

# VIAJE A MÍ

---

Luisa María Castaño Hernández



Luisa María Castaño Hernández

---

# VIAJE A MI

*El viaje es una vía, un camino, un método que conduce al conocimiento. Sin movimiento no hay sentido, no hay significación. El viajero es aquel que siempre recorre las rutas del espíritu.*

Fernando González

## Prólogo

Preferiría llenarme de finales y no de caminos, de resultados y no de procesos, de talentos y no de esfuerzos. Preferiría también dominar a mi antojo la existencia, y que los días se llenaran hasta reventar (sin siquiera pedirlo, sino porque así fueran) de sentido, de experiencias, de sorpresas. Pero como Sylvia Platt, me resulta imposible ser dios y no logro descifrar la manera de justificar estar viva. Me gasto la existencia, como casi todos y a pesar del profundo deseo de hacerlo diferente, en rutinas y algoritmos, en propósitos vacíos, en esfuerzos mediocres y repetitivos que no van a parar a nada. Dentro de la conciencia de la imposibilidad y de los límites de mi poder creador, solo me queda intentar dar cuenta de la manera en que desde la subjetividad percibo la existencia, y no solo desde la conciencia, sino también desde las experiencias corporales y las sensaciones. Desde la estética prosaica de la cotidianidad hasta la sublimación del instante. El viaje como una manera de entender la vida. Intento entonces relatar desde la experiencia, desde las rutas, lo que nos encarna en las horas vacías y llenas de sentido y en la futilidad del esfuerzo. Así como transmitir las sensaciones que se generan en torno a la conciencia del tiempo y la aparente imperfección objetiva de la vida, que como sujetos contemporáneos ubicamos siempre por debajo de nuestras expectativas.

De la misma manera, me interesa hacer visible aquel enfrentamiento interior entre las pulsiones opuestas que se apoderan de nuestro espíritu y con las cuales abordamos la vida y sus circunstancias, que nos condicionan a estados de ánimo y nos filtra la forma de ver las cosas, las que nos muestran oportunidad en el instante, o una gran pérdida.

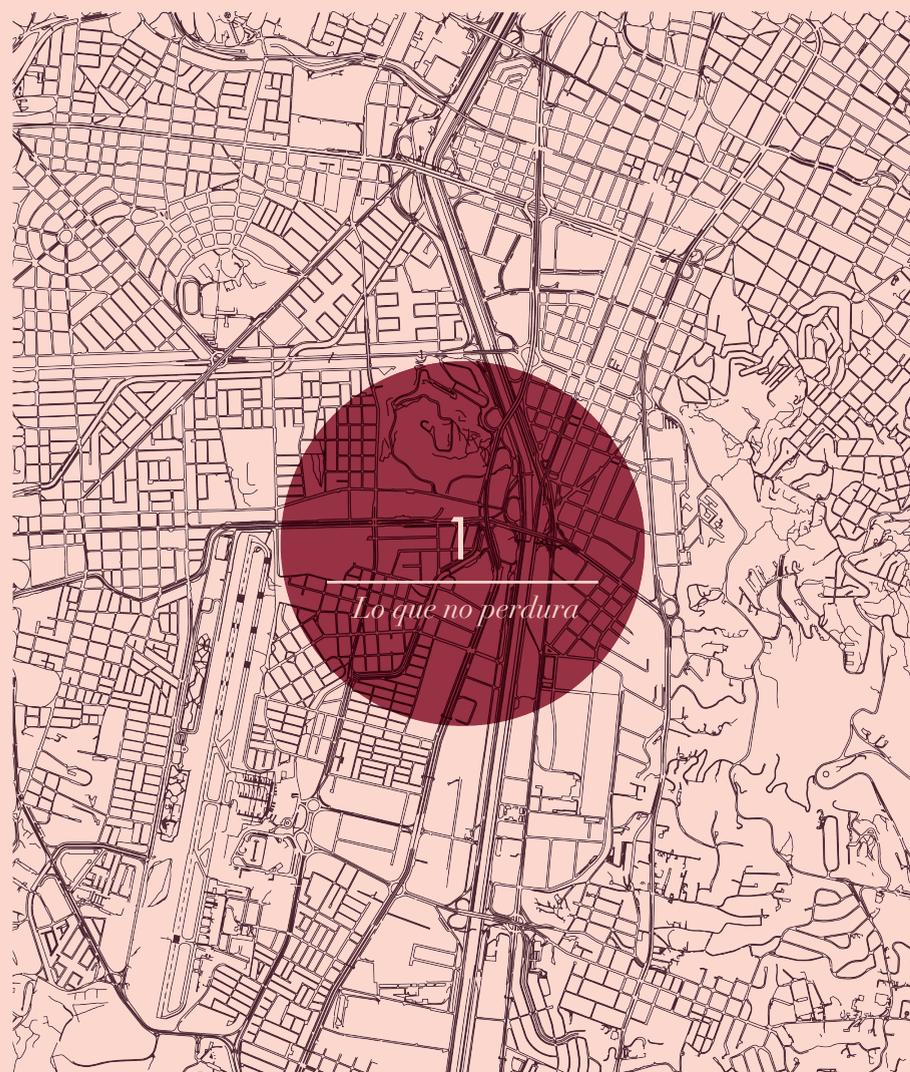
La creencia de que nuestra vida, como experiencia o cuerpo humano es una pequeña versión del universo, una pequeña unidad de un infinito fractal, tal vez podría otorgar el sentido que buscamos en la existencia, aquello que intentamos encontrar desde que somos conscientes de nuestro paso por el

## Viaje a mí

mundo. Pero esos instantes de sabiduría, en los que nos encontramos con una identidad universal, son tan efímeros como cualquier otro instante, y luego retornamos juiciosamente a la ceguera de la rutina, al aburrimiento de lo cotidiano. Jamás entenderemos por qué existe algo y no nada, como dice José Luis Pardo, siendo la nada más simple y fácil que el algo.

Es por eso que en las circunstancias de nuestro mundo contemporáneo y dentro del contexto que se crea en torno al sistema bajo el cual nos regimos, (porque creo fielmente que no es un asunto o una problemática de la vida misma, pura y salvaje, sino de las construcciones sociales, de la humanidad y sus dinámicas) conviene repensar y reflexionar sobre la forma en que hemos abordado la vida, no para saciar el deseo o la exigencia contemporánea y cliché de ser felices, sino para lograr de algún modo darle sentido a la existencia desde una convicción personal e individual, desde una construcción propia que crezca y se fortalezca a partir de la experiencia de haber visto el mundo, más no de la alienación y lo que ya nos dijeron que era. Pero sobretodo a través del arte, buscar la manera, procurar a toda costa, haciéndole trampas al aburrimiento, capturar para siempre aquellos instantes de nuestra intimidad que estuvieron llenos de sentido o sinsentido, pero llenos de algo y no de nada. Para mi, todo esto, lo encontré en el viaje.





Me gusta dejar el blackout abierto hasta la mitad de la ventana para obligarme a despertar temprano incluso los fines de semana.

El sol se va colando de a poco hasta llenar el cuarto de un calor que me hace salir escurrida de la cama. Esos minutos antes de despertarme completamente me aturden, intento abrir los ojos y se me van torciendo hasta que vuelven a meterme a la fuerza en el sueño que estaba teniendo. Entonces mezclo sus imágenes con el ruido que hay afuera y construyo escenas confusas en la cabeza. Otra vez trato de abrirlas con esfuerzo y siento una presión en la frente, ojos y oídos como si estuviera suspendida a diez metros de profundidad en el mar. Me siento débil, como un año viejo por ahí tirado el primero de enero. Trato de identificar lo que oigo, es mi mamá con la televisión a todo volumen. Otra vez la historia de la Colt 45 en History Channel. ¿Para qué sigue viendo eso si ya se la sabe de memoria?

Es sábado temprano pero mi mamá, como todos los días, se va a trabajar. La imagino arreglándose en una mesa que da frente a una ventana, casi puedo verla con un espejo de aumento en la mano y pinzas de depilar cazando pelos alrededor de las cejas, mientras le habla al celular. Espero a escuchar que cierre la puerta de la casa para salir de mi cuarto. No tengo ganas de conversar con nadie. Salgo arrastrando las medias directo hacia la cocina pero me encuentro a mi mamá en el camino. Era falsa alarma. Eh, hija, ¿usted ya ni saluda o qué? ¿Qué hizo ayer?, cuente, yo la sentí entrando como a las tres de la mañana. ¿Qué? No, yo a la una y media ya estaba acá. Ah, bueno, ¿qué va a desayunar? ¿Pancitos con té? Donde yo me comiera eso, a la media hora estaba pitando de hambre. No, me voy a hacer una arepa. ¡Ay donde me deje un mugre en esa cocina!

Mientras espero que la arepa esté lista me siento a revisar Facebook, me preparo un té verde, camino por toda la casa y nada, todavía no está tostada. Al lado de la puerta para entrar a la cocina hay un espejo viejísimo. Un amigo de mi mamá decía que era fino porque si se le prendía una candela al frente, el reflejo de la llama se veía triple. Yo no sé de dónde sacó eso ni si es cierto, pero siempre que lo veo pienso en eso y cada que tengo una candela, lo intento. Me paré al frente y me miré un rato. Se me olvidó desmaquillarme la

noche anterior y tengo una mancha negra alrededor de los ojos. Me recogí el pelo y me limpié las ojeras.. Nunca he podido saber si me parezco a mi mamá o a mi papá, trato de buscarme rasgos de alguno de los dos, y nada. Podría ser los cachetes y la cumbamba de mi papá con los ojos de mi mamá o de mi abuela. Aunque todo el mundo me dice que soy igual a ella yo no me siento parecida en nada, pero eso me gusta. ¡Jueputa, la arepa! Se estaba quemando pero se podía salvar, entonces la raspé con un cuchillo para quitarle los negros y le puse quesito y sal. Primer mordisco y el quesito estaba dañado. Como no me había sentado todavía alcancé a escupir inmediatamente en el lavadero, sin tragar ni un poquito. No vomité porque no tenía nada en el estómago, pero sí sentí cómo se me recogía con fuerza. Me senté a tomarme el té con desconsuelo. Ahhg, ya no quiero nada.

Lo bueno de hoy es que es el último día en el restaurante. Voy a reemplazar a Juli y a Evelyn que son cantantes y hoy van a tocar juntas por primera vez allá mismo. Después no vuelvo. Llegué de la isla con un instinto vital que no había tenido antes, quería renunciar a todo lo que no me gustara, y aunque a esta altura ya se me estaba agotando el impulso, había alcanzado a tomar la decisión junto con otro par del mismo tipo.

Trabajo los fines de semana de mesera, es un restaurante de comida vietnamita y el turno va de seis de la tarde a eso de las once y media o doce de la noche. No tenemos uniforme y ese es el punto a favor que tenía. Todavía, después de años de haberme graduado del colegio, tengo pesadillas con tener ese vestidito azul puesto, así que no quiero otro más que me atormente. El único código de vestuario que nos exigen es que vayamos de negro. La mayoría se pone siempre un jean cualquiera con tenis y la misma camiseta negra básica, pero a Juliana —que también fue conmigo al colegio— y a mí, nos gusta inventarnos algo diferente cada noche, hacernos peinados y pintarnos los labios de vez en cuando.

Juliana y Evelyn ya están cantando, me acerco a la barra a comentar el concierto con los de la cocina que se asoman en grupo con cara de pícaros, como si estuvieran haciendo algo mal. Juan Pablo el chef, no los regaña porque también está concentrado mirando: está enamorado de Evelyn. Juanpa, se ven divinas cantando juntas ¿cierto? Callate que ya estoy chillando, me dice frunciendo el ceño, mientras se hace el duro y se sacude una lágrima con el nudillo del dedo índice. Le doy dos palmaditas en la espalda y me voy. Cruzo la barra y Daniel el bartender me hace un gesto de complicidad, al acercarme, me pasa un shot. Con risa me dice: ¡padentro! Ahora sí, negra, operación

cristería. Salgo a recoger de las mesas vasos, copas y botellas vacías con la garganta caliente y cantando la canción que están tocando con imprecisión pero con gracia. Les aplaudo fuerte, me conmueve ver la inocencia con que intentamos abrirnos caminos diferentes a los dictados y la futilidad de nuestros esfuerzos al final. He tenido siempre una expectativa gigante de la vida, del amor, del mundo y de lo que podría a-ser. Me desvelaba la idea de tener solamente una vida, sólo una para hacer todo lo que quisiera, pensaba en opciones y diferentes formas de abordarla, contaba décadas con los dedos haciendo planes y cuentas, pero ahora estando apenas en el segundo dedo, ya me sentía decepcionada. La vida había resultado no siendo los viajes, las fiestas, los logros, las felicitaciones. La vida era tender la cama, lavarse los dientes, montar en bus, lavar los platos, trabajar y volver a destender la cama. Lo que pasara en el medio parecía ser pura suerte.

Salí del restaurante y fui con Juliana a buscar una pola. ¡Qué llovedera! Yo siempre pensaba que mi mamá era una exagerada cuando llegaba a la casa después del trabajo y decía que no se había sentado en todo el día, pero desde que estoy en el restaurante entiendo perfectamente lo que quería decir. Con las piernas temblorosas buscamos un muro dónde sentarnos. Gas las chivas. Sí, yo no entiendo por qué se tienen que parquear siempre a todo volumen al frente de donde yo esté, y si no es una chiva es el puto carro de la policía con las luces de la sirena prendida directo a mis ojos. No, y además mire la gente que hay adentro. Hagamos una chiva en Diciembre. Uy no, eso no es ni charro, Juliana tengo hambre. ¿No le dejaron almuerzo en el restaurante? Si, pero un arroz con huevo ahí todo regular y me lo comí como a las seis de la tarde, y ya va a ser la una. Cómase un perro. Están cerrados por el aguacero. Ah entonces le tocó llegar a hacer arepa a la casa. Uy, no sabe la que me pasó esta mañana. Monitas buenas noches, ¿me colaboran con una monedita? Yo soy desplazado por la violencia, yo soy de por allá de un pueblito cerquita a Gómez Plata y ahora estoy por aquí sin tener a dónde ir, ayúdenme si me hacen el favor, me faltan siete mil pesitos para la pieza y además me operaron de una úlcera el mes pasado y necesito reposo para recuperarme, y con este sereno esta muy duro, vea la cicatriz, vea la chamba que me hicieron, aunque yo la verdad estoy lo más de agradecido con los doctores porque yo muerto qué hago, nada ¿cierto? Y vea, este sombrero me lo regaló una señora por allí de un almacén, una señora lo más de querida, ah que mi dios me bendiga a esa señora porque a mi sí me hace como mucha falta ponerme sombrero, yo allá en el pueblo andaba siempre de sombrero. Señor mire, esto es lo que tengo. Cuídese mucho y que le vaya muy bien. Tan lindas, voy a orar mucho por ustedes, que mi dios me las bendiga y la virgen

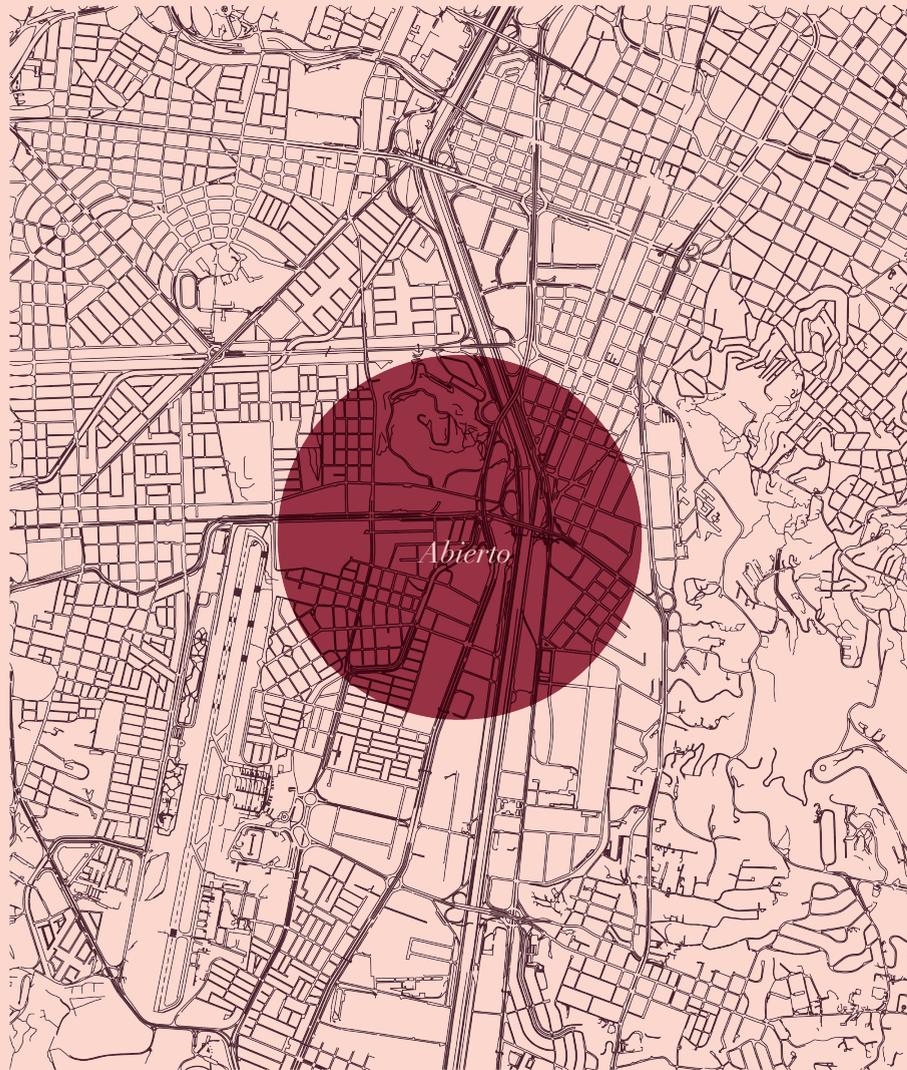
## Viaje a mí

*Lo que no perdura*

me las acompañe ¿oyeron? Si señor, Amén. Y se fue. ¿Usted por qué dijo amén? Ah yo no se, me sonó como que eso iba ahí. Que vuelta ese señor ¿no? Casi me desmayo cuando mostró esa cicatriz. Juliana, este murito está muy incomodo. Si, gas este gentío aquí escampándose, siento que me estoy respirando el aliento de todo el mundo, vámonos. Monas ¿taxi? Seis dieciocho con el caballero. Señor, buenas noches. Buenos días ya. ¿hacia dónde vamos? Primero allí por Vizcaya y después a por la UPB. Con mucho gusto. ¿Qué está pensando, Luisa? Hábleme. Nada interesante, que qué pereza que llueva. Por la próxima a la izquierda porfa y después por la primera a la derecha. Chao, me avisa cuando llegue, señor, gracias.

No sé en qué instante se llena y vuelve y se vacía de sentido la vida. Un mes atrás, a esa misma hora, estaba flotando en el mar extendida sobre mi espalda mirando el cielo, notando con curiosidad la curvatura de la tierra, asombrada de cómo se ven los colores a esa hora, y percibiendo la diferencia de temperatura entre mi cuerpo sumergido, y mi pecho y yemas de los dedos que salían a la superficie. Me sentía completa y dejaba mezclar mi agua salada con la del mar. Entré a mi casa suavcito y empaqué. Mañana vuelvo a la isla.



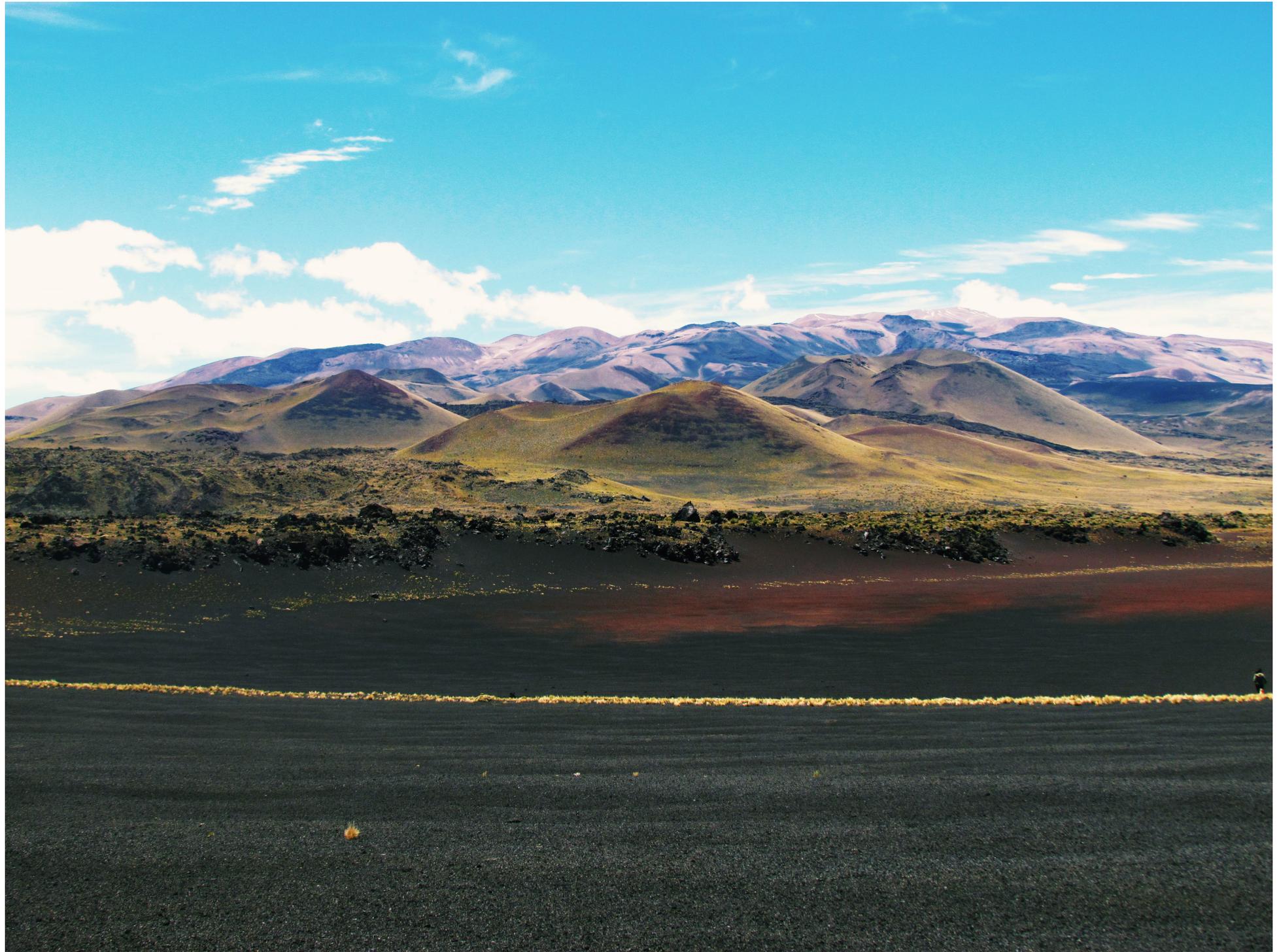


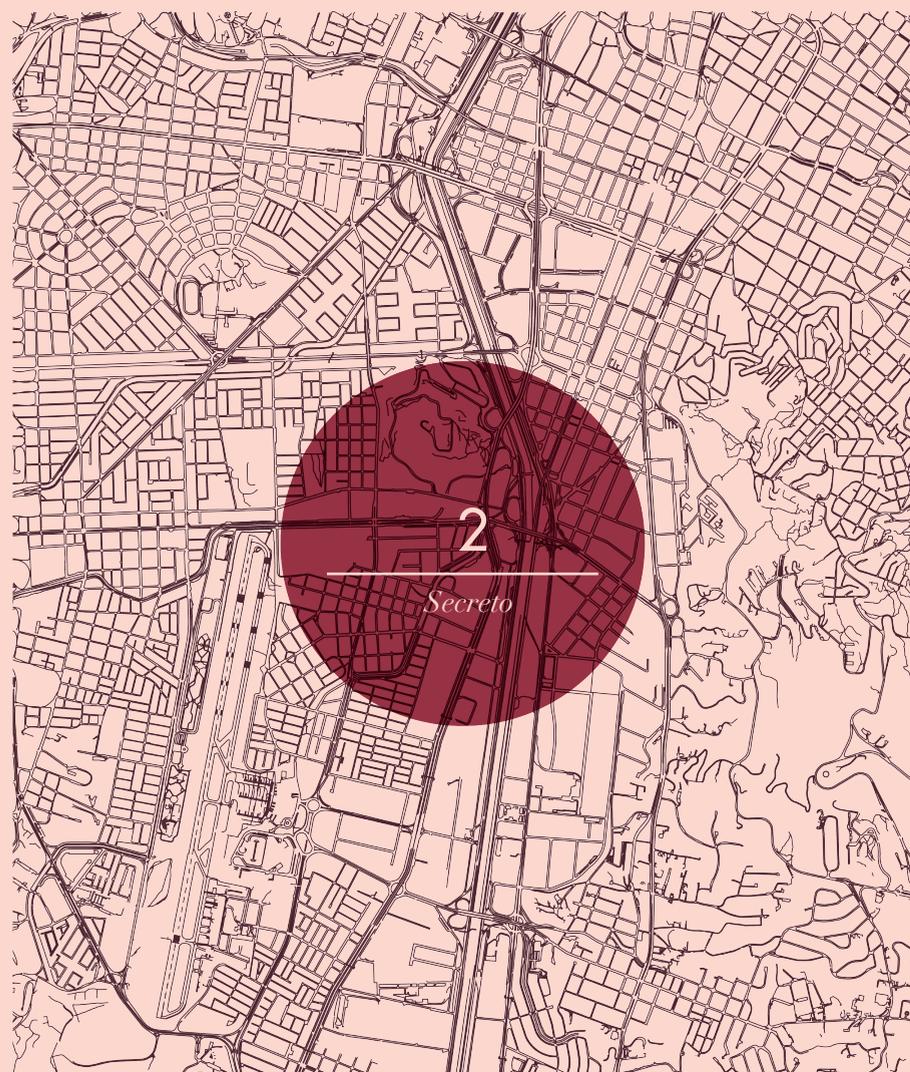
Supongo que el tiempo pasa y la vida también  
pero yo propongo  
que la vida no pase con el tiempo,  
que la vida sea como un objeto preciado,  
como aquel tesoro guardado.

El botín del pirata,  
como la Atlántida,  
como aquel secreto bien guardado  
que solo tu almohada conoce;  
Propongo que la vida sea una fantasía,  
Una fantasía cada día,  
Un cuento que se desenvuelve  
Y que cada uno escribe.

Propongo que las multinacionales no controlen quien eres,  
que tu trabajo no te haga quien eres,  
que tus libros no te hagan quien eres,  
que tu música no te haga quien eres,  
que tu cabello no te haga quien eres,  
y que lo que los otros piensan  
no te hagan pensarte como ellos te piensan a ti;  
propongo que la vida sea una cosa personalizada,  
que sea algo propio,  
genuino,  
auténtico...

...  
Que sea algo mio y de nadie más que mío  
porque mi vida es mía,  
mi vida no se la lleva el tiempo porque no es dueño de ella  
porque el tiempo es mío,  
propongo:  
que Washington sea considerado una simple vereda  
y que la capital del impero del mundo sea  
Por donde sea que yo esté pasando





Tomé un vuelo a las 10:45 de la noche. Era rarísimo. Nunca había viajado sola, y aunque era un destino que frecuentaba cada año, esta vez era diferente. Tenía una maleta pequeña, con dos mudas de ropa, una flauta que aún no aprendía a tocar y una cámara sin batería. Fue un viaje repentino.

Conocí a mi padre dos semanas antes, justo a dos días de graduarme del bachillerato. Pensé que sería un hecho impactante en mi vida, pero no, nada. Nos saludamos como si nos viésemos a diario. Toda una rutina. Sin emoción, sin nada. La rutina. Él es caleño, uno con plata y que lo demuestra. Eso me irritaba un poco, pero bueno, era mi papá y tocaba entender esa personalidad que de algún modo, estaba en lo profundo de mis genes.

—¿Qué vas a hacer?  
—Ya me presenté a la Nacional, a artes, y pasé.  
—¿Y si mejor le das a negocios en EAFIT?  
—No, no. Ya pasé.  
—¿O en Bogotá?  
—No.  
—Mmm... ¿Y en vacaciones?, tengo un apartamento en Cartagena. Vaya y relájese un rato.

Y así fue como él, en menos de 10 minutos me había comprado un tiquete de ida y sin regreso hacia la ciudad heroica. Volar sola de por sí ya era raro, pero más raro era montarme en un taxi hacia quién sabe dónde. Me sentía fuera de contexto. Le dije al señor que me llevara al Sonesta, y cuando el destino estaba en frente, me sentía fuera de mí. Todo era finísimo, y de una fragilidad indescriptible. Cualquier cosa que tocaba, me daba la impresión que podría quebrarse. Todo estaba solo, frágil y quebrantable. Hasta yo.

Era un piso 24. Altísimo. Pocas veces había tenido una vista tan imponente desde un sitio que era mío, solo mío. Veía el mar; el infinito mar.

Me sentía libre, por fin. Nunca lo había estado, o más bien, nunca lo había experimentado.

Saqué una botella de vino por la cual había pagado unos cuantos pesos en la tienda de abajo. No supe ni por qué la compré, ni por qué la había metido a la nevera. Yo nunca tomaba vino. Rejolqué un poco el lugar buscando algo de música, pero solo logré toparme con infinitas colecciones vallenateras que claramente no iba a escuchar. Mierda, no había más. Con el afán con el que salí, ni los audífonos se habían enredado en mi mochila. Entre el rebusque que hice en mis pertenencias, hallé un papelito, chiquitico, rarito. Esa cosita no era mía, ni la letra, aunque sí conocida. Era de Pablo. Hace ya un tiempo habíamos acordado terminar con una relación intensa, pero tóxica. Él me había dado esa nota meses antes y yo había olvidado leerlo. O preferí no hacerlo, quién sabe.

“Vamos a vivir en algún suburbio,  
de esos de jardines grandes  
y casas con puertas traseras,  
con parqueadero doble,  
con una lavavajillas de la General Electric,  
con un labrador dorado,  
una biblioteca llena de libros hasta el techo,  
una chimenea para el invierno,  
una casa en el árbol para el otoño, una piscina para el verano  
y un par de paraguas para abril.

Mi sueño y mi apuesta es  
que tus pinceles y mis lapiceros  
estén en el mismo cajón,  
que los domingos en la tarde  
sean para dar una vuelta por el parque,  
tomarnos un café  
y pintar de amarillo el pavimento gris.

Mi sueño es una sola habitación  
con más pinturas que baldosas,  
con más poemas que recibos,  
más óleos que relojes,

con más flores que espejos,  
y con más fotografías nuestras  
que titulares con cifras de muertos  
o los odiosamente llamados dados de baja.

Mi sueño es que seamos apátridas,  
un par de ermitaños,  
gitanos,  
con tulas de ropa en el hombro  
y tres centavos en el bolsillo izquierdo,  
que vendamos artesanías,  
nos emborrachemos con extranjeros,  
y bailemos en las esquinas,  
de esas con faros grandes,  
Dancing In The Rain.  
Mi sueño es que durmamos  
en los baños de un subway cualquiera,  
que tengamos que dormir lo más junto posible,  
meternos el uno en el otro  
para que el frío no nos mate,  
para sentirnos los más bendecidos  
y para que el Amor  
se asome desde el Olimpo  
y diga con certeza  
que nosotros somos sus hijos.

Sin embargo  
no me importaría  
no tener un lavavajillas de la General Electric  
mientras tus pinceles y mis lapiceros  
estén en el mismo cajón,  
mientras haya más poemas que recibos  
y mientras pintemos los domingos de amarillo  
el pavimento de la calle de enfrente.  
no me importa el tamaño de la casa  
mientras tú y yo durmamos en la misma habitación,  
ni me importa el tamaño de la cama  
mientras que durmamos lo más junto posible

mientras seamos uno  
y seamos hijos del Amor.”

Quedé en blanco. No tuve más remedio que dormir, tal y como lo había planeado desde que llegué. Al levantarme, tenía los ojos pesados, la cabeza a punto de explotar, y la boca arenosa. Salí a caminar. No tuve la valentía de meterme al mar, aun cuando siempre lo he sentido como mi hogar. Pasé horas deambulando, así, sin más. Cayó la tarde cuando me topé con Diana, una vieja amiga con la que bailé durante años. Ella se había mudado a Cartagena porque la vida de Medellín le había dado un ritmo con el que no había logrado convivir. Me contó que se había dedicado a trabajar en un bar los lunes y miércoles, y a dar clases de baile los martes y jueves. El resto de días se la pasaba montando en buses o buscando chicos para hacer de su estadía un asunto menos aburrido. Al parecer el ritmo de allá tampoco la acopló.

Había bailado con Diana en una compañía durante unos siete años, luego ella se aburrió del asunto y se retiró. Yo me quedé. Bailar para mí ha sido siempre un remedio para cualquier cosa: para la tristeza, para el estrés, para la enfermedad. Bailar siempre ha sido un encuentro de emociones; un totazo histérico entre la alegría y la angustia. Un acto precioso.

Me especialicé en los bailes de salón. Esas vainas que deben ser acompañadas por una pareja que te guíe, que te entienda. Esas vainas que se mueven con una milonga, un porro, un tango, y hasta con un pasodoble. Mi especialidad era la salsa, porque se suda todo lo malo y se recoge todo lo bueno. Esa noche, eso fue lo que enseñé en ese bar al que ella me llevó. Dos horas llenas de sonrisas extranjeras a cambio de dos pasos con los que gozarían el resto de la noche.

Al rato llegó un tipo, Cristobal. Uno de esos con pretensiones galácticas de conquista. Me invitó a tomar una cerveza junto con sus amigos, y en vista que no quería pasar el mismo tormento del día anterior, accedí. Todos hablamos, reímos, tomamos, nos emborrachamos, hicimos los dos mismos

pasitos toda la noche. Él con ella, ella con él, todos con todos, Cristobal conmigo. Los dos. Pasamos toda, toda la noche juntos. Ese fue el primer día, de lo que serían dos meses con su compañía.

Era un chileno que apenas me llevaba unos dos años, pero que desde los 16 se había dedicado a recorrer el mundo, a explorar cada continente. Era extraño porque ese asunto de irse, así, sin más, dejando todo, me parecía de ensueño, me parecía lejano. Pero él me lo trajo; me lo puso en las manos... Un día, muy a las 6:00 a.m llegó a ese piso 24. A ese, al altísimo. Entró apresuradísimo, empacó mi mochila, la pequeñita, y me sacó. Me puso dos tiquetes en la mano, el de él y el mío para tomar un bus que nos llevaba a las afueras de la ciudad. Cristobal sabía que yo debía regresar, y aunque luchara contra eso, lo había aceptado. Por eso decidió mostrarme un pedacito de su aventura.

Cuando nos bajamos del bus estábamos cerquita del mar. Él salió corriendo a saludar con un abrazo a otro tipo que estaba en un velero. Pronto me llamó, y nos presentó. Lukas era su nombre. Era un austriaco que consiguió su nave en Panamá y se estaba dedicando a recorrer el Caribe, sin afanes, sin presiones. Tal y como lo que yo estaba viviendo por esos días.

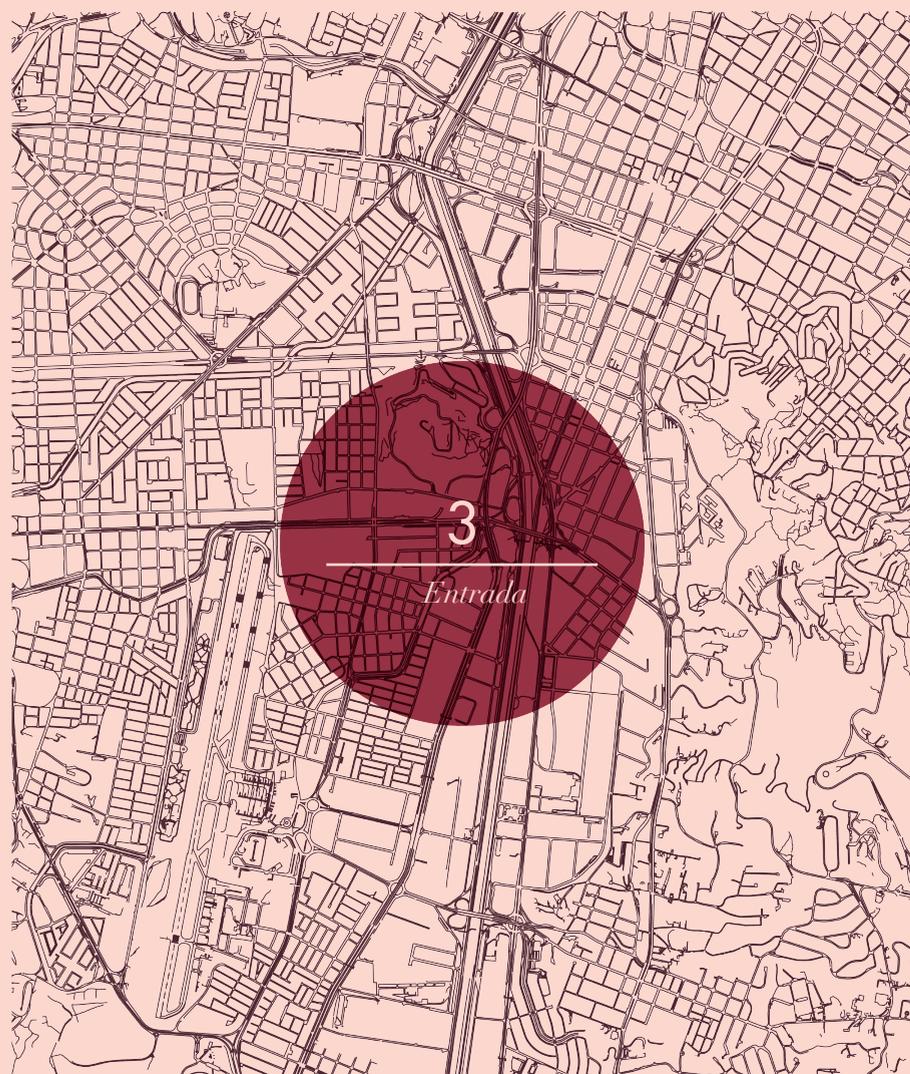
Cristobal había aprendido a manejar meses atrás ese imponente artefacto, y había arreglado con Lukas para que él hiciera un recorrido por tierras cercanas, mientras nosotros las navegábamos. Viajamos por el mar del caribe colombiano en secreto. Nunca nadie lo supo, y yo nunca lo había escrito. Fueron 34 días de calor, de libertad. La única regla era que debíamos nadar en las mañanas, dormir en la tarde, leernos en la noche, y a dormir. Ya no estaba sola, ya no era frágil, ni quebrantable. Cristobal me mostró el viaje, y me dio la patadita para crear mi camino; mi ruta.

Preferimos no despedirnos, y abrir la posibilidad a un encuentro cualquiera; sorpresivo, como el del día en que nos conocimos.









Había ahorrado 225 días para este viaje. Nunca, pero nunca le había puesto tanto empeño a algo. Ni siquiera al estudio, que era lo que siempre me había desvelado. Gabriel y yo hicimos de todo para conseguir el dinero: cuotas semanales en un marranito de barro, rifas de cualquier cosa imaginable, desde relojes, pizzas hasta noches románticas en los hoteles más caros y prestigiosos de Medellín. También recorrimos la ciudad vendiendo gelatinas con licor y piñas coladas. Todo para irnos, para irme.

Llegamos a Quito a eso de las 10:00 p.m. Éramos unos bebés recién paridos al mundo. Todo nos sorprendía. Ninguno de los dos había salido nunca del país. Era rarísimo que nos pusieran un sello para anunciar nuestra presencia, y tener que hacer cualquier tipo de conversión de moneda.

Como sabíamos que el viaje era largo, buscábamos que todo siempre fuera lo más barato. O bueno, por lo menos yo lo hacía. No sé porqué cuando viajo me pongo tacaña. No quiero pagar mucho en hospedaje, ni en comida porque en cualquier momento tendré que pagar por algo que me entretenga más que comer y dormir. Gabriel sí es un derrochador, y eso me molesta, siempre se lo he dicho. Él por todo paga un montón de plata. Quiere las galletas más caras, el bus más caro, la yerba más cara. Qué rabia.

Unos amigos, un poco hippies, ya nos habían hablado del hostel Sucre. Quedaba en el centro de la ciudad, y bueno, allá nos dirigimos. Por fuera tenía una fachada bellísima. Muy apropiada para el centro histórico. Por dentro, era distinto. Nos abrió un señor al que nunca le entendimos nada de lo que dijo. No tenía dientes, y al parecer, tampoco lengua. Subimos con él once pisos. Todos a pie, porque el ascensor del lugar había dejado de funcionar hace siete años, y ahora solo lo usaban de bodega.

Llegamos a una habitación que en lugar de chapa, tenía cadena, y en lugar de puerta, una reja. Dentro, había una cama pequeña. ¡Qué digo!, era un colchón en el piso, lleno de plásticos para cubrir el polvo, quizá el de los

## Viaje a mí

### *Entrada*

meses en el que no había sido usado. Yo tenía tantas ganas de orinar, que no reparé más en el asunto. Tenía que bajar cinco pisos, de nuevo, a pie, para llegar al baño. Entré, y el mismo sitio me pegó una patada para que saliera huyendo. Esa vaina mía de ser intolerante a los olores es horrenda, me deja maniatada para hacer cosas con tranquilidad. Subí, y le rogué a Gabriel para que dejáramos las maletas ahí y buscáramos un sitio donde pasar la amargura. Yo no pensé que mi sueño de viajar podría resumirse en esto. Estaba aterrada.

Quito es una ciudad oscura. Muy oscura. Al parecer, todo cierra temprano porque a eso de las 6:00 p.m, la gente se va sintiendo cansada y va empacando todo para la casa, menos los del transporte público. Esos sí son muy activos. Allá hay una especie de metro, pero con gente más seria. Más fría, como esa ciudad. Nos montamos al vehículo después de haber pagado unos dólares innecesarios por una tarjeta innecesaria. La ciudad era enorme, lo notamos después de haber montado por hora y media

sin haber cambiado de ruta. El plan era bajarnos en el lugar más iluminado que encontráramos y así fue. Era el único sitio vivo de la ciudad. Solo sentí desprecio porque no pude evitar pensar el Parque Lleras, ese de Medellín en el que hay muchas fondas, tacones y drogas. Qué cosa más brava. Como no había más remedio, nos emborrachamos hasta el otro día, para caminar un poco el lugar con la luz del sol.

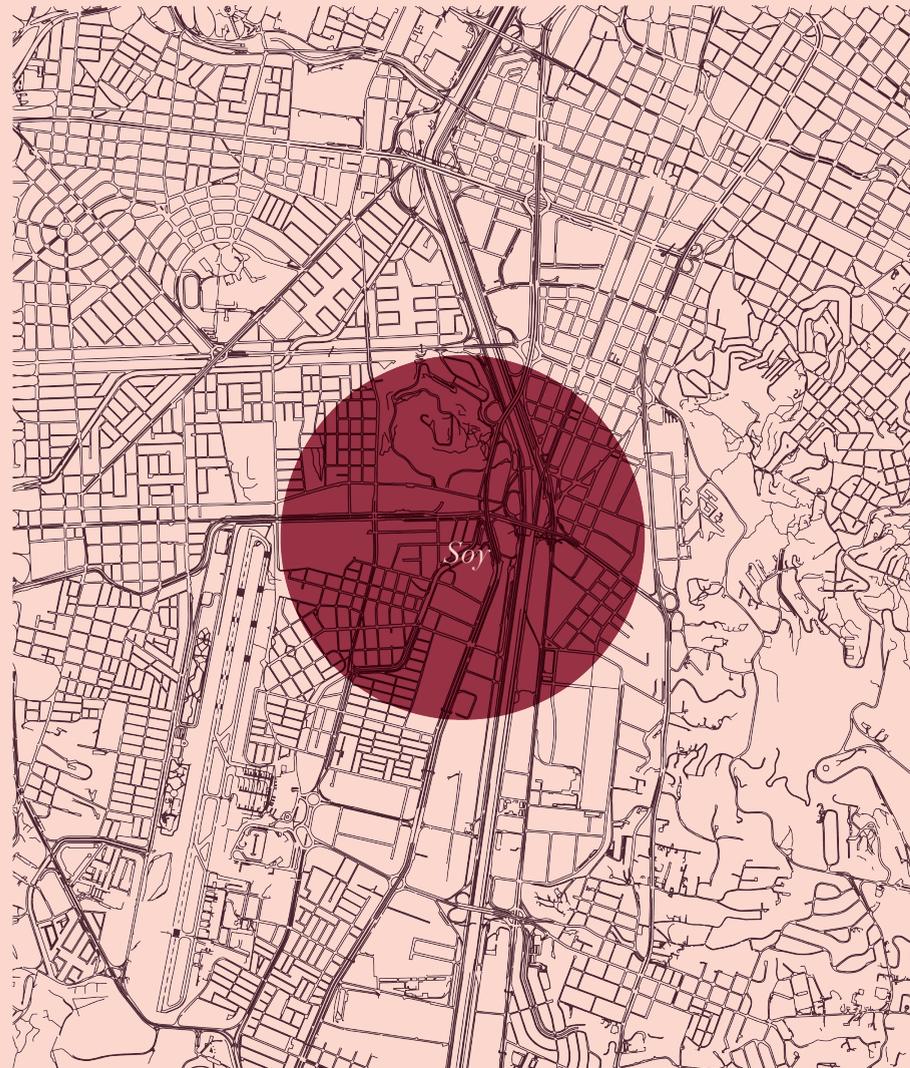
En el centro de Quito no sabía a dónde ir y me dejaba conducir a cualquier parte. Estaba como en otro sitio, con cierta ofuscación en el alma que me impedía disfrutar lo que veía. Era como si en vez de sorprenderme con la arquitectura, o en las calles, fijara los ojos en la nada. Me envolvía en una bruma que me impedía asombrarme ante los milagros naturales, hasta que apareció el Cotopaxi. La altura más bella que jamás haya visto en Ecuador. Irrumpió violentamente en mi momento de agonía para darme la paz absoluta. Todo el día había escuchado hablar del sitio, pero solo había sido paisaje. Ahora todo era nieve, sol, y al fondo los rascacielos. Ante el imponente paisaje me olvidé de lo que pensaba, de la fatiga, de Gabriel y me sumergí como una niña que va por primera vez al mar.

Esa, esa montaña en particular, fue la promesa para no dejar de viajar jamás.









Mostrando las plantas de lo pies  
cubiertas por un polvo gris,  
descanso boca abajo sobre la montaña  
de ropa que falta por doblar sobre la  
cama.

Tengo el cuerpo anestesiado y tenso.  
Intento llorar pero no puedo, intento  
rezar pero no recuerdo.  
Me sumerjo en la oscuridad rojiza de los  
ojos cerrados,  
para intentar encontrar una señal en los  
recuerdos,  
una razón en las creencias,  
una campana que se oponga al viento.

Si dios fuera los árboles y las flores y el  
sol,  
si los justos fueran los que acarician  
animales dormidos,  
y si lo que se mueve en mi pecho fuera  
un pájaro azul,  
tal vez tendría una señal,  
mi señal,  
mi razón,  
mi campana.

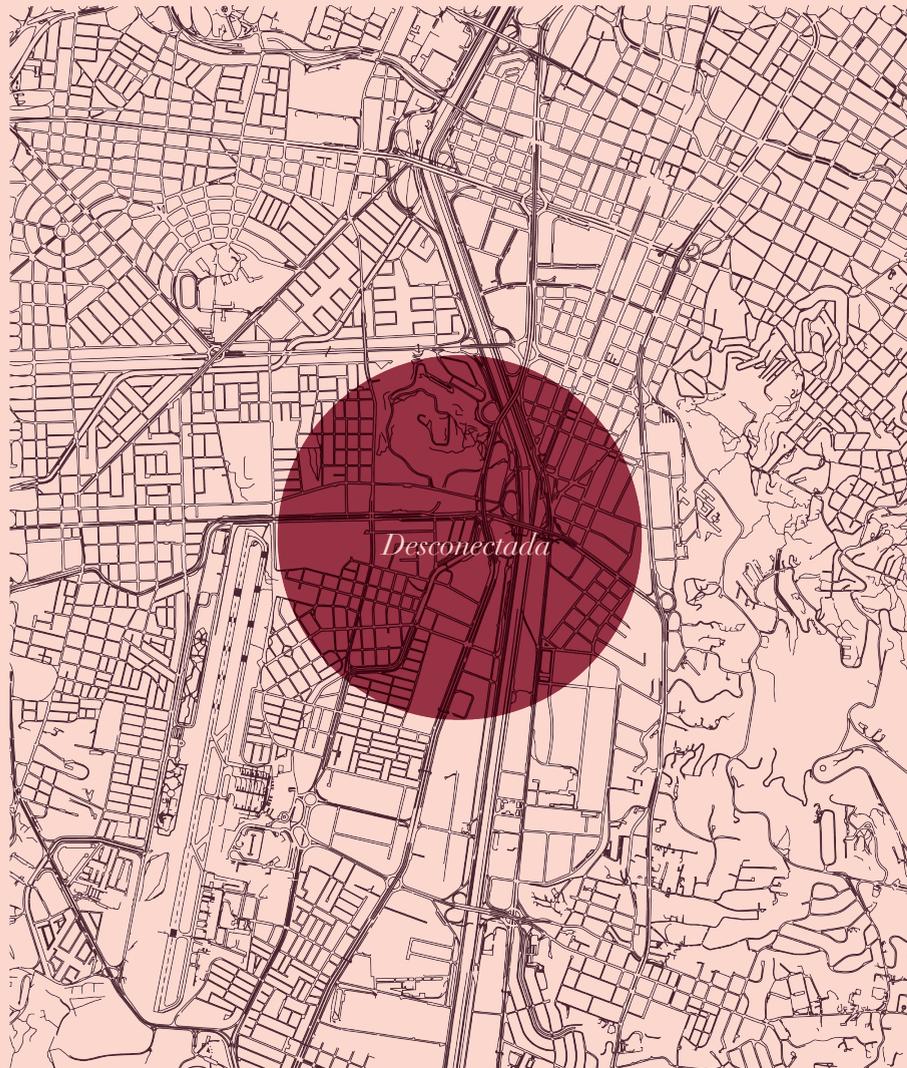
Pero hoy no creo en nada.  
Permanezco hundida en la suavidad  
del trabajo inútil que pendiente reposa  
amontonado.

Para que no me atrape la sensación,  
que no pertenece,  
que no entiende,  
que no es.

Para que no me vea la otra yo,  
que vaga perdida,  
con los bultos vacíos,  
y los dedos enredados de los pies.  
Que camina para no dormir,  
o duerme para no seguir.

Hoy soy otra.  
Soy mi papá gateando,  
mi mamá dormida,  
mis amigos llorando por alcohol.

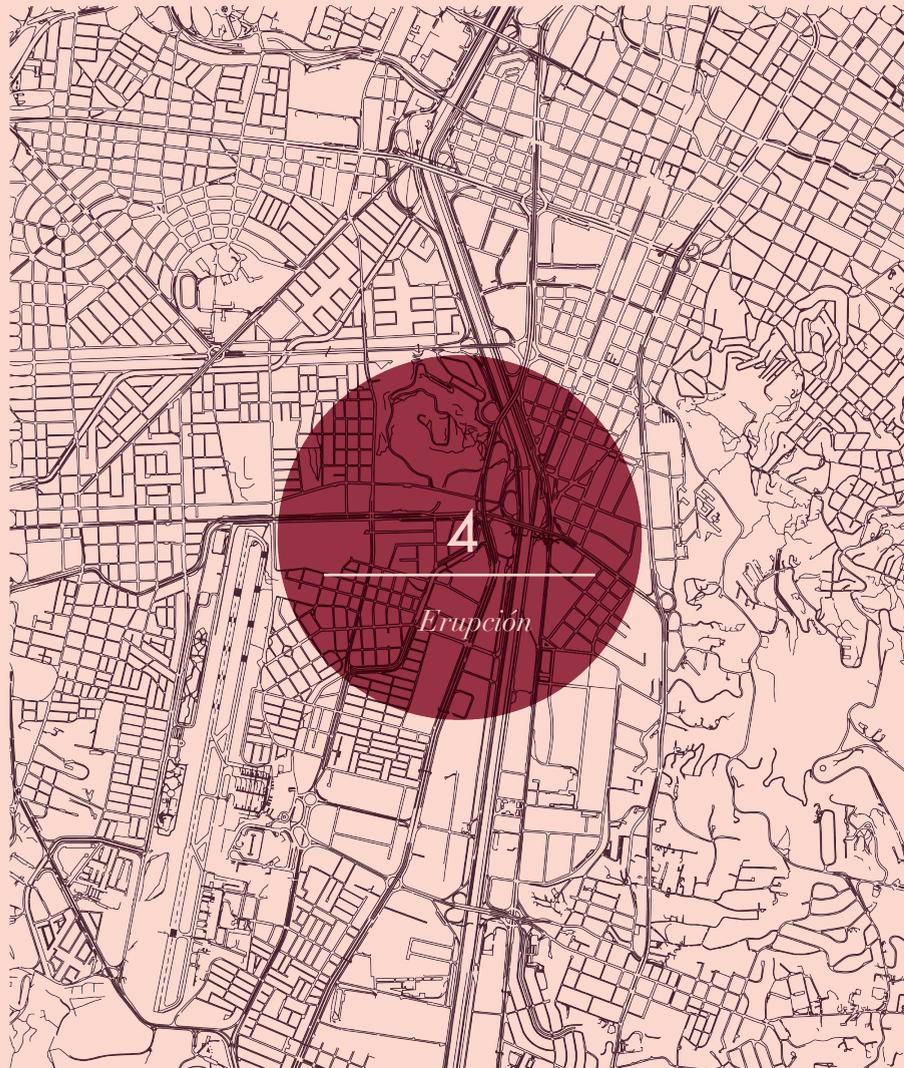




Soy todo lo inacabado, lo malgastado, lo perdido.  
Soy todo lo que pudo ser y no fue.  
Soy la abundancia de la miseria.  
El que lucha sabiendo del fracaso anticipado.  
La piel arrugada, el hambre del generoso,  
y la paciencia del desesperanzado.

Veo en la duda la manifestación de mi espíritu perdido,  
que comulga en soledad con el universo desconocido.  
Que mira hacia arriba, que se desconecta.





Nicaragua es un país socialista. Lo dice a gritos. Sus calles, su gente, su presidente. Hay figuritas y pinturas de Chavez y de Fidel en cualquier parte. Los calendarios tienen a Ortega, y la piel de muchos también. Antes de estar allá, había ido a Venezuela unos meses atrás. Todo empezó por curiosidad. Era un viaje por la Guajira que quería que terminara en el nido de la revolución bolivariana. La idea era pasar por Maicao, quedarme un mes y regresarme por Cúcuta. Duré dos semanas. Reventé de la ira cuando en menos de un día desocuparon mi maleta en tres momentos distintos para quitarme cosas. Quitarme. O arrebatarme. O lo que sea que haya sido eso. No quiero decir que me robaron, porque fue la policía, y eso me daría muchísima más putería.

Llegué de un lugar en el que casi no había agua, y por eso llevaba 4 días sin bañarme. Tuve que cambiar unos pesos que me quedaban en efectivo, 120.000 para ser exacta. Me sentía millonaria. Me entregaron a cambio nueve fajos de billetes, grandísimos, que representaban 200.000 bolívares. Eran tantos que no cabían en mi manos. Corrí a una tienda para comprar todo lo que necesitaba: una barra de jabón, shampoo, quizá acondicionador y algo de comida. Pero nada, los comentarios que ahogaban las noticias, eran ciertos. Los supermercados estaban vacíos, y no de personas, sino de productos.

Tenían rejas y cada pasillo estaba vigilado. De todo lo que quería conseguir, solo obtuve arroz, porque de aseo no había nada. Me hicieron poner mi huella, que resultó siendo inútil por no ser venezolana, así que un chico me ayudó con esa vaina. Miguel me contó que eso sucedía cuando se compraban productos regulados, y que por ese favor, él ya tenía que esperar más de un mes para volver a comprar arroz. Menos mal no le gustaba, o eso me dijo. Ese mismo día, me enfermé. Tengo el mal de cargar conmigo las más raras alergias. En cualquier instante puedo hincharme, brotarme o ahogarme. En esa ocasión, me salió un sarpullido terrible en la espalda, y con el afán de

calmarlo, corrí a una farmacia, en la cual no había nada por las mismas razones que no había nada en ningún lado: la inflación. Un señor me dijo que buscara algo en el mercado negro, pero todo era carísimo, cuando pensaba todo lo contrario. Quise regresar a Colombia porque odio estar enferma y por no tener cómo aliviarme. Cerraron la frontera. Tuve que pasar una semana y media, esperando que la abrieran y no quería que eso mismo me pasara en Nicaragua.

Después de un tiempo en Costa Rica, Gabriel y yo quisimos pasar a Nicaragua por una frontera llamada Peñas Blancas. En cuanto me bajé del bus, pensé que estaba en el lugar equivocado. Había muchísima gente. Resulta que días atrás el gobierno nicaragüense había decidido cerrar todos sus puntos de ingreso y salida para los millones de cubanos que estaban buscando llegar a suelo norteamericano. Todos ellos estaban represados en ese paso. Muchos acampando, otros esperando familiares, pidiendo comida, dinero, vendiendo flores, huyendo de la vida, o buscándola. Quién sabe.

Había una fila larguísima. Nos tomó ocho horas terminarla. En ese tiempo hicimos de todo. Leímos, comimos, hablamos con extraños, cantamos con un argentino que solo tocaba la misma canción de Spinetta “Viejo roble del camino. Tus hojas siempre se agitan algo...”. Las filas me irritan un poco. En mi cotidianidad siempre las evito, pero cuando viajo siempre me abordan. Es como si la vida, con un ejemplo simple, quisiera mostrarme que hay cosas odiosas que debo tolerar, como la impaciencia de mi mamá, o el orgullo de mi papá. Al pasar, ya era de noche. Eso es un problema en centroamérica. Allá el transporte funciona hasta que cae el día. En cuanto se oculta el sol, desaparece. Es usual que los buses de largos trayectos, sean de esos amarillitos escolares que estamos acostumbrados a ver en las películas. Un tipo me contó que eran chatarra de escuelas estadounidenses que venden a precios bajos a los países más cercanos. En Nicaragua, y en general en los países del centro, no existen trayectos largos por tierra. Lo máximo que alcanzan son cuatro horas, y cuando llegas al lugar donde debes bajarte, probablemente tu siguiente ruta, tarde en aparecer también, cuatro horas.

Había un camión estacionado. Hablamos con el dueño y decidió arrimarnos a un Pueblito cercano llamado Masaya. Era oscuro y tenebroso, pero lindo. La gente de Nicaragua es un poco seria a comparación de los ticos, pero igual son gentiles.

El señor nos dejó en el parque. Gabriel y yo siempre jugamos piedra, papel o tijera para ver a quién le toca buscar hospedaje y quién se queda con las maletas. Empezamos a hacer eso después de ver a una parejita en Perú sorteando su próxima media hora con una moneda y decidimos imitarlos. Esa vaina de andar con la maleta al hombro preguntando dónde era más barato dormir no era lo más cómodo del mundo.

Le tocó irse a él esta vez. Yo me quedé cerca a una tienda viendo un partido de no sé quién contra quién. Nunca he apreciado el fútbol, pero soy consciente que es una buena manera para disimular la estancia en un lugar en el que realmente no se quiere estar. Un señor un poco ebrio, se me acercó y me preguntó si necesitaba hospedaje. Me explicó que en ese pueblo no encontraría nada, o por lo menos no cerca, y que si quería podría ofrecernos una habitación en su casa por 50 córdobas, que venían siento unos 5.000 pesos. Lástima que no tenía cómo llamar a Gabriel y que cuando regresó, ya había pagado 200 córdobas por otra. Esa noche no pasó mucho. Estábamos tan cansados que solo dormimos.

Desperté como a las 5:00 a.m. Muy enérgica. Levanté a Gabriel mientras cantaba una canción del flaco Spinetta. La misma de la fila. “Cuando en tus ojos no importa si las horas bajan, el día se sienta a mooooooorir”. Le dije que nos fuéramos, que saliéramos a andar, y él me copió sin titubear. Como no sabíamos en dónde estábamos, ni teníamos dónde buscar, solo fuimos a caminar. Terminamos en la base de lo que supuestamente era un volcán. ¿Un volcán?, nunca en la vida habíamos visto uno, y mientras nos preguntábamos cómo carajos entrar al camino. Llegó un bus, gigante, de esos amarillos. Abrieron la puerta sin siquiera nosotros haber dicho algo.

–Vengan, nosotros los subimos. Nos dice una señora de unos cincuenta y tantos.

–¿A la cima?

–Pues, sí, ¿a dónde más?

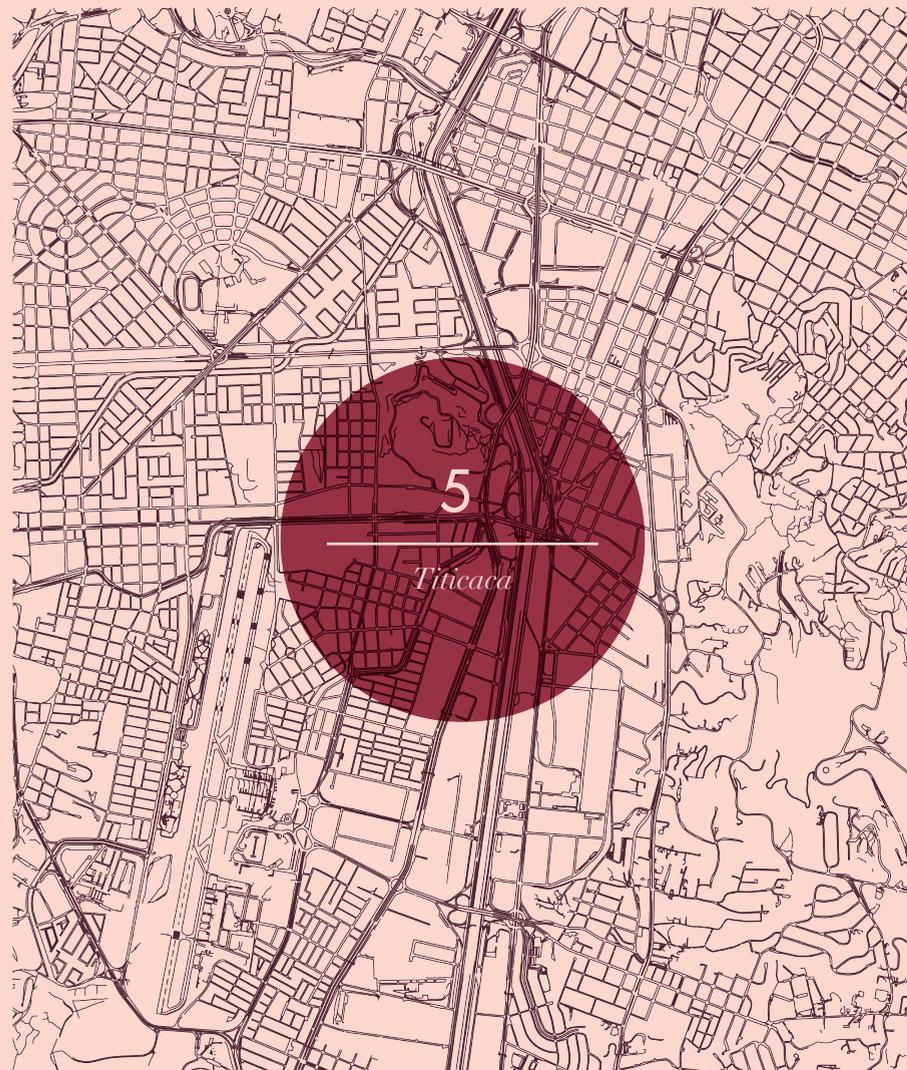
Nos subimos. El bus estaba lleno de salvadoreños. Era una excursión de la tercera edad por países vecinos. El primero en hablarme fue Carlos, un notario que se interesó por mi extraña combinación entre estudios de periodismo, artes y mi inclinación hacia la biología. Él me preguntó que qué quería hacer exactamente con esa melcocha de cosas.

Yo me reí. Le dije que solo quería hacer esto; montarme en buses extraños y hablar con gente extraña. Él se ríó, y me dijo que me invitaría a salir si no estuviera con ese chico, mientras señalaba a Gabriel. Y me reí. Nos reímos. Al llegar a la cima, todos los bajamos apresurados. Era un volcán; el volcán Masaya.

Abracé a Carlos a pesar de que tuviera muy cerca a Gabriel. Me sentí ardiente. El lugar estaba solo, o bueno, yo lo quise ver así. Estaba sola. Era un agujero en la tierra. Profundo. Es activo, y por tanto su respiración quema las entrañas; estremece. El azufre aromatiza todo lo cercano y lo que ha quemado a su paso pinta los pies de negro, color volcán. Al fondo había una cruz, gigante y entorpeciendo la vista natural. Está allí porque se dice que los indígenas consultaban una bruja adentro, y los españoles no le dieron más explicación a que era el diablo mismo. Por eso los locales le llaman “la boca del infierno” a ese terreno volcánico. Se hacía tarde, pero nadie quería irse. No solo era el imponente volcán sino la vista magnífica del País. Estábamos tan alto que llegué a pensar que si me tiraba desde tal lugar, tendría tiempo suficiente para disfrutar la caída libre apreciando el continente. No fue un deseo suicida, no. Era algo más como una estética aventurera.







No tenía idea de lo que era Bolivia. Solo conocía a Evo y su idea de Estado Plurinacional. Normalmente leo a un lugar por la gente que lo habita. Grave error. Salimos de Perú por Puno, un pequeño lugar que convive con el Lago Titicaca para entrar por Copacabana al lado boliviano. Justo antes de pasar la frontera, el bus en el que íbamos se detuvo y salió una muchacha vestida de azafata. En el sur hay mucho de eso. Los buses de largos trayectos parecen aviones. Dan indicaciones de aviones, comida de avión y atención de avión.

“¿Quiénes son colombianos?”, dice la azafata. Unos amigos y yo levantamos la mano. De inmediato, y con el bus aún quieto se dirigió a nosotros y nos pidió que saliéramos con ella. Nos contó que seguramente a la entrada nos pondrían mucho problema, que nos recomendaba que tuviéramos ciertos papeles y que en caso de no tenerlos, nos quedaríamos en ese punto hasta que los consiguiéramos. No nos preocupó. Sabíamos que teníamos todo en orden. También dijo que por políticas de la empresa debían revisar nuestras maletas antes de cruzar la frontera. A ellos se les había acabado la yerba, entonces no importaba.

Ya nos daba igual, en Perú hicieron lo mismo unas cuatro veces y de la misma manera. Paraban buses, pedían cédulas y pasaportes. Bajaban a los colombianos para requisar todo lo que llevaban, mientras el bus esperaba una hora o más. Dependiendo de la cantidad de oriundos de la tierra de Pablito. Nos dejó de importar ese estigma social, es más aprendimos a llevarlo, a gozarlo y a abusar del mismo. Lo bueno, o por lo menos lo que nos libra de muchas cosas al ser colombiano y sobre todo paisa es que la gente siente respeto. No sé el porqué. La gente tiene una idea de que somos avispados y recursivos, aunque no tengamos ni idea de lo que signifique eso. Esa vaina de comer bandeja paisa hace que a uno no lo estafen, y que de hecho, le hagan rebajas sin uno siquiera pedir las, entonces todo bien.

Cuando llegamos a la frontera, había una fila que se movía muy rápido. Los encargados de sellar el pasaporte lo hacían con mucha agilidad. Estaban entrenados para dejar pasar como locos gente a su territorio,, lo necesitaban. Si hay algo de lo que se nutre Bolivia es del turismo, porque aunque no lo saben potenciar, naturalmente tienen cosas que llaman al extranjero. Mis amigos fueron pasando de a poco a una cabina que estaba libre y a los segundos me moví yo a la siguiente que desocuparon. Ellos no tardó en salir. Pero yo... El señor que tenía mi pasaporte no dejó de mirarlo, lo volteaba, lo ojeaba, miraba mis otros sellos. Empezó a pedir papeles de regreso a Colombia, de estudio, tarjetas de crédito, dinero en efectivo, vacuna de fiebre amarilla y por poco me hace regresar para pedir mi partida de bautismo. No sé, pero siempre he tenido el palito para que me toquen los que no me quieren dejar pasar. "Por favor pase atrás que le van a revisar la maleta". En serio, esa vaina no me importaba. Lo único que me daba estrés de que hicieran eso, era que desparramaban mis cosas sin ninguna compasión, y que luego debía ser yo que embutía todo eso apresuradamente porque el bus podía dejarme. Porque así son en Bolivia, qué cosita. Todos bravitos, andando por ahí berraquitos por todo.

Ya en Copacabana teníamos un objetivo: ir a la Isla del Sol. Mis amigos son de esas personas que se instruyen fuertemente sobre todo lo que se puede encontrar en el camino. Yo no. Yo soy más de pálpitos e impulsos. Ellos me dice que soy muy ilusa por dejarme guiar por el ritmo de mis deseos, y yo le digo que no tome eso como algo que entorpece la ruta sino como algo que la alimenta. Que dejarse guiar por las pasiones también es algo bonito. En ese punto, empiezan a decir siempre que soy muy hippie. Entonces me río y no les paro más bolas.

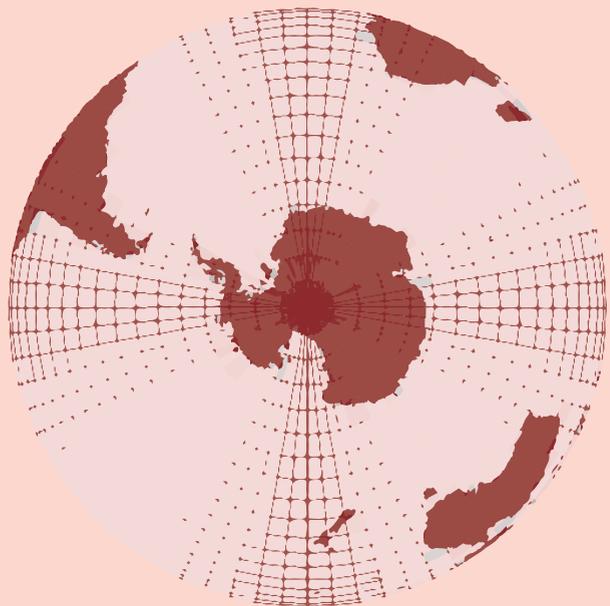
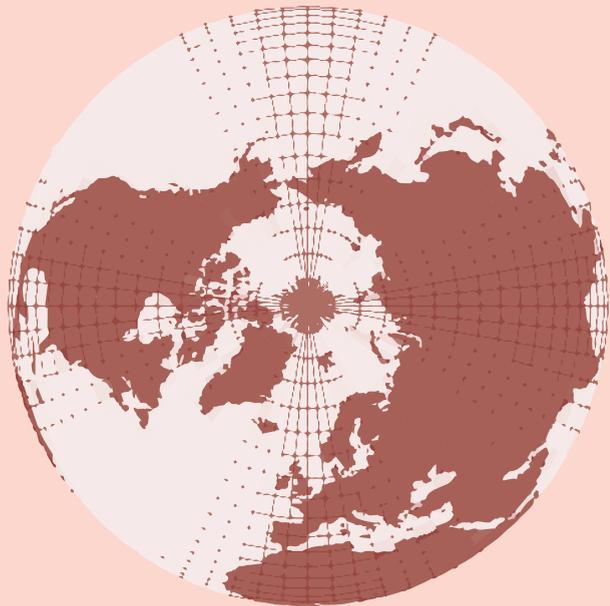
Caminamos hasta una especie de puerto. Fuimos a averiguar precios, obvio, para saber cuál planchón era el más económico. A los bolivianos no les gusta que les pregunten valores. Se sienten atacados. A ellos les gusta es la compra directa, en la que no se cuestiona ni se negocia. Ellos quieren dinero rápido sin importar los intereses del cliente. Eso notamos cuando llegamos a un negocio del que nos echaron cuando preguntamos que qué lado de la isla esa menos turístico.

Después de 3 horas de agua, agua, y más agua, llegamos a la Isla del Sol. Nos recibió un nativo hablándonos en aimara.

Era algo así como 5 bolivianos por persona. Al pagarlos, tiré mi maleta y salí corriendo. No podía creer donde estaba. Es como si mi espíritu estuviera asombrado de la vida y de sí mismo. El lago era infinito, el viento fuerte y olor a pasto, penetrante.

El plan era quedarme un par de días y estuve allí casi por dos semanas. La gente se preguntará haciendo qué porque no hay nada, ni nadie. A mi me acogió una familia aimara. Me enseñaron el idioma y a ordeñar animales. Trabajé para ellos, y a cambio, me daban una comida horrible, pero con amor. Una cobija y un espacio en una cama compartida con una chica de mi edad que todas las noches me pedía que le enseñara a maquillar. Estar allá fue fundirme en el tiempo. Ahogarme bellamente en un espacio sin electricidad, sin movimiento, sin nada y en medio de todo.





*Práctica*

Me encuentro y me desencuentro a través de lo natural. Los paisajes son mi viaje y alimentan mi alma. Son motor por el continente y a través de mí misma

